

DOSSIER

***Los estudios literarios
y la imaginación crítica***

**¿MÁS ALLÁ DEL GIRO LINGÜÍSTICO?
LA IMAGINACIÓN CRÍTICA DE LOS SIGNOS EN LA
ESCENA TEÓRICA CONTEMPORÁNEA**

BEYOND THE LINGUISTIC TURN?

**THE CRITICAL IMAGINATION OF SIGNS IN THE
CONTEMPORARY THEORETICAL SCENE**

Franca Maccioni

Universidad Nacional de Córdoba, CONICET

Doctora en Letras (UNC), Investigadora Asistente de Conicet y Profesora Asistente de la cátedra de Hermenéutica (Escuela de Letras, FFyH, UNC). Dirige el proyecto de investigación “Entre lenguas, entre ríos. Aproximaciones al imaginario estético-político material del Río Paraná en la literatura y el arte contemporáneo” (PICT- FONCyT). Compiló Hacer. Ensayos sobre el recomenzar (Teseo, 2015). En 2021 recibió una mención del FNA por el ensayo Una fluvialidad de contraamparo. Informe poético sobre el río Paraná (en prensa).

Contacto: franca.maccioni@unc.edu.ar

ORCID: [0000-0002-9564-8867](https://orcid.org/0000-0002-9564-8867)

Gabriela Milone

Universidad Nacional de Córdoba, CONICET

Doctora en Letras (UNC). Profesora Adjunta (a cargo del dictado) de la cátedra de Hermenéutica (Escuela de Letras, FFyH, UNC) e Investigadora adjunta de Conicet. Dirige el proyecto “Perspectivas materialistas. Un abordaje crítico de escrituras contemporáneas” (PICT - FONCyT). Entre sus publicaciones más relevantes, se cuentan los siguientes libros: Ficciones fónicas. Materia, paisajes e insistencias de la voz (ensayo, Mímesis, 2022); Luz de labio. Ensayos de habla poética (ensayo, Portaculturas, 2015).

Contacto: gabrielamilone@unc.edu.ar

ORCID: [0000-0001-5342-3355](https://orcid.org/0000-0001-5342-3355)

DOI: [10.5281/zenodo.10433343](https://doi.org/10.5281/zenodo.10433343)

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

*Imaginación crítica**Giro lingüístico**Signo*

Iniciamos nuestro recorrido con el señalamiento de tres consensos para los lenguajes de la crítica en las humanidades en la escena actual de la teoría (Biset & Naranjo, 2022), a saber: el distanciamiento del giro lingüístico, la crítica de los dualismos ontológicos y la perturbación de las escalas. Para abrir la pregunta que guía este artículo, problematizamos el primer consenso, ése según el cual sería posible trazar una constante en los lenguajes actuales de la crítica que parecen distanciarse del giro lingüístico —específicamente de su versión posestructuralista—, discutiendo o bien su modo de comprender el lenguaje o bien el postulado de la mediación lingüística en tanto tal. Así, nuestra indagación busca ser una hoja de ruta para un posible camino que actualice la pregunta de la relación entre las palabras y las cosas desde una reformulación puntual: los signos y la materia. De ese modo, realizamos las siguientes acciones: sostenemos la hipótesis de un cierto retorno de las semejanzas desde la relectura de la prosa del mundo de Foucault y la lengua del mundo de Latour; revisamos qué nociones de signo (y sus vinculaciones con la imaginación crítica) están operando en las teorías contemporáneas; aislamos una batería de tácticas para la reorientación de lo escribible y lo legible en la escena teórico-crítica actual; finalmente, proponemos una serie de figuras desde las que balizamos el trabajo con los textos literarios desde una imaginación crítica singular.

ABSTRACT

KEYWORDS

*Critical Imagination**Linguistic Turn**Sign*

We begin by pointing out three consensuses for criticism in human sciences in the current context of theory (Biset & Naranjo, 2022), namely: the distancing from the linguistic turn, the critique of ontological dualisms, and the disruption of scales. To open the question that guides this article, we problematize the first consensus, which suggests that it is possible to trace an insistence in current criticism that appear to distance their theory from the linguistic turn — specifically from its poststructuralist version — by discussing either their way of understanding language or the postulate of linguistic mediation as such. Thus, our inquiry aims to be a cartography for a potential path that updates the question of the relationship between words and things through a specific reformulation: signs and matter. In this way, we undertake the following actions: we hypothesize a certain return of the similitudes through the rereading of Foucault's prose of the world and Latour's language of the world; we review which notions of sign (and their connections to critical imagination) are at play in contemporary theories; we isolate a set of tactics for reorienting what is writable and readable in the current theoretical-critical scene; finally, we propose a series of figures from which we explore the work with literary texts through a unique critical imagination.

Fecha de envío: 15/10/23

Fecha de aceptación: 05/12/23

...se preguntará cómo un signo puede estar
ligado a lo que significa.
Michel Foucault

Comencemos por una afirmación: asistimos a una proliferación de nuevas perspectivas y aparentes nuevos objetos en la actualidad de los estudios en humanidades, marcada por una fuerte insistencia en la necesidad de habilitar la imaginación para las tareas de teorización y de crítica. Escuchamos recurrentemente los pedidos de “repoblar el desierto devastado de nuestras imaginaciones” (Stengers, cf. 2017) y de asumir “el reto imaginativo” ante lo que brota inesperadamente (Tsing, cf. 2023). Las apuestas teórico-críticas que protagonizan la escena actual reclaman para sí facultades imaginativas y ficcionales para potenciar un tipo singular de reflexión que se sitúe sin ingenuidad en la “catástrofe” (Stengers) y en “las ruinas del capitalismo” (Tsing). De este modo, la imaginación crítica se muestra no como la capacidad restringida de producción de imágenes sino como una potencia general de invención, vale decir, recuperando “el sentido más propio de la ficción, que es el hacer” (Rodríguez Freire, 2022: 156).

Nuestro trabajo se enmarca en indagaciones que, desde las aulas y las discusiones de nuestra investigación en equipo, siguen la línea de la *ficción teórica* en la pregunta sostenida por los cruces de la imaginación con los (nuevos) materialismos (Maccioni, Milone & Santucci, cf. 2021). En esta línea, compartimos preocupaciones teóricas con investigaciones en curso sobre la “imaginación material” (por caso, con las docentes e investigadoras Paola Cortés Rocca y Luz Horne, cf. 2021) que buscan modos de situarse ante el diagnóstico del agotamiento de los protocolos de legibilidad, ante la urgencia de revisar la primacía de lo humano en el mundo. Del mismo modo, coincidimos con las investigaciones de Soto Calderón (2022) sobre la imaginación, tanto en el diagnóstico de su agotamiento cuanto en la propuesta de la (aún) posible ampliación de su hacer. En la “grieta entre la posibilidad y su acabamiento” (Soto Calderón, 2022: 10), su propuesta diagrama una perspectiva de imaginación material para pensar la crítica como “intervención creadora”.

El despuntar de la imaginación en la escena actual de la teoría nos permite vislumbrar la emergencia de un modo renovado del hacer teórico-

crítico en los estudios literarios contemporáneos. En el presente trabajo nos proponemos indagar en esta línea, partiendo desde un diagnóstico realizado por un grupo de docentes e investigadores (radicado en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina); grupo que, nucleado en el proyecto *Arqueologías del porvenir*,¹ busca dar lugar a una investigación colectiva sobre los lenguajes de la crítica en las humanidades, atendiendo a lo que denominan una “nueva escena de la teoría” (Biset & Naranjo, 2022). Según consignan en la presentación del dossier titulado “Arqueologías políticas del futuro: de la aceleración al antropoceno” (Biset & Naranjo, 2022), la novedad de la escena teórica actual estaría marcada por la aparición de dos fenómenos específicos del mundo contemporáneo que desafían los lenguajes teóricos y demandan renovar el proceder de la crítica, a saber: el cambio climático y la aceleración tecnológica. Al interior de esta nueva escena de la teoría, en la que destacan una efervescencia de discusiones en torno a ciertas nociones centrales (tales como neomaterialismo, antropoceno, aceleracionismo, especulación, giro ontológico, realismo especulativo, entre otras), se señalan tres consensos teóricos que insisten, pese a las diferentes perspectivas: el distanciamiento del giro lingüístico, la crítica a los dualismos ontológicos y la perturbación de las escalas. Si coincidimos con este diagnóstico, para abrir la pregunta que quisiéramos hacernos en este artículo, nos interesa retomar y problematizar el primer consenso, ése según el cual sería posible trazar una constante en los lenguajes actuales de la crítica que parecen distanciarse del giro lingüístico —específicamente de su versión posestructuralista—, discutiendo o bien su modo de comprender el lenguaje o bien el postulado de la mediación lingüística en tanto tal. Para hacerlo, los autores del citado dossier recuperan específicamente los aportes de Eduardo Kohn en *Cómo piensan los bosques* (2021), libro en el que propone la necesidad de *provincializar el lenguaje*, en tanto apunta a postular que no todo pensamiento y/o representación es humana ni están mediados lingüísticamente. Recusar la centralidad de la mediación lingüística a la hora de pensar los procesos de significación sería un gesto recurrente en diversas teorías que discuten el antropocentrismo y que intentan “dar lugar a modos de pensamiento que no estén circunscriptos por el lenguaje, lo simbólico o lo humano” (Biset; Naranjo, 2022: 5).

En consonancia con este diagnóstico, en un trabajo de reciente publicación, Emmanuel Biset (2022: 126), siguiendo a Claire Colebrook (2014), mapea lo que propone pensar como una “dirección posttextual de

¹ Las publicaciones y avances de esta investigación pueden encontrarse en www.arqueologiasdelporvenir.com.ar

la teoría hacia el materialismo o la vida”, indicando con ello que, en la escena teórico-crítica actual, despunta un desvío o alternativa a la primacía de la teoría francesa y posestructuralista en general, y derridiana en particular. Pese a las divergencias que hacen a la singularidad de los dos gestos principales en donde podría signarse esta reorientación teórica (los denominados “realismo especulativo” y “giro ontológico”), nos interesa recuperar algunos puntos de convergencia, allí donde vuelve a aparecer la necesidad de discutir la preeminencia del problema del lenguaje. En la escena posttextual de la teoría, según su autor, el cuestionamiento a la centralidad del lenguaje viene acompañado de otras dos problemáticas que le son concomitantes. Por un lado, se destaca la necesidad de redefinir el estatuto del sujeto y/o abandonarlo por completo –como modo de poner radicalmente en crisis el humanismo de la teoría– mediante al menos “dos estrategias: hay algo no humano (afuera) o todo puede ser humano (relación)” (Biset, 2022: 141). Por el otro, se traza la necesidad de operar un pasaje de la epistemología a la ontología, esto es, de desplazar la pregunta por el acceso a lo existente hacia una interrogación por lo que hay más allá de nuestra mirada teórica.

Al interior de estos diagnósticos, el lenguaje aparece asediado por una nueva escena teórica que se afirma en la necesidad de cuestionar su clausura, su excesivo humanismo y la relación cuanto menos compleja de las palabras y su afuera. La figura de Narciso insiste recurrentemente en diversas zonas de la teoría contemporánea que buscan dar cuenta de este problema. En Jane Bennett leemos: “enfaticaré, incluso exageraré las contribuciones agenciales de las fuerzas no-humanas (operantes de la naturaleza en el cuerpo humano y en los artefactos humanos) en un intento de contrarrestar el reflejo narcisista del lenguaje y el pensamiento humanos” (2021: 22). Y también en Eduardo Kohn cuando afirma que “extender la relacionalidad lingüística a los no-humanos proyecta de manera narcisista lo humano sobre aquello que reside más allá de él” (2021: 116). A su vez, una cita de Colebrook, recuperada por Biset (2022: 145-146), insiste en este aspecto cuando afirma:

Se ha producido una reacción declarada contra un supuesto narcisismo lingüístico o textual (también llamado idealismo lingüístico), de modo que el Dios del lenguaje está muerto, y ya no creemos que este mundo nuestro esté ordenado desde el exterior por “un” sistema de lenguaje o estructura que sería el trabajo de los críticos literarios o de los estudios culturales decodificar. Ha habido un retorno a la vida, a los cuerpos, a los animales, a la ecología y a lo inhumano en general, como si estuviéramos nuevamente liberados de la prisión de nuestra humanidad, ya no distanciados del mundo y ahora capaces de encontrar un mundo de la vida verdaderamente post-

teórico y post-humano. Volvemos a la historia, los contextos, las cosas, los cuerpos, la vida y la naturaleza (Colebrook, 2014b: 160).

¿Cómo imaginar ese “retorno”? ¿desde qué postulados de lenguaje y de signos sería posible sondear ese deseo de “no distancia” entre lo humano y lo no-humano, el lenguaje y el mundo, las palabras y las cosas o los signos y la materia?² Para nosotras, que trabajamos en literatura, es decir con *textos*, el desafío parece extremarse. Allí donde no sería posible (ni deseable) asumir sin más un abandono del giro lingüístico, tampoco quisiéramos hacer oídos sordos a lo que insiste en estos diagnósticos e interpela de manera directa nuestra labor crítica con y desde materiales literarios, instándola a imaginar modos de reformular sus preguntas y a repensar nuestra manera de orientarnos en ellas.

De este modo es como surge la pregunta renovada y urgente por cuáles son las diversas concepciones de signo que operan en la escena teórica actual. Buscamos sostener esta pregunta desde la intuición (por no decir *bajo la sospecha*) de que asistimos a un cierto retorno de (la confianza en) las similitudes, las semejanzas, los isomorfismos entre los signos y la materia. Si es cierto que asistimos a ese retorno que intuimos, entonces habremos de postular una posible reconfiguración de la célebre “prosa del mundo” con la que Foucault pensaba las signaturas del saber en el inicio de *Las palabras y las cosas*. Pero sobre todo quisiéramos insistir menos en cómo las palabras se acomodan a las cosas (y viceversa) que evidenciar la *y* como elemento que separa y une ambos órdenes. La *y* se vuelve así un campo de indagación, una zona intersticial que suspende la conjunción o disyunción como dos operaciones contrapuestas. Así, en esta zona que se abre con la *y* es posible postular (vía un procedimiento típicamente deleuzeano) un modo singular de *conjunción disyuntiva*. Antes que la separación o la unión sin más, nos interesa marcar esa suerte de “gran planicie uniforme de las palabras y las cosas” que Foucault observa en “la prosa del mundo” cuando el saber de las semejanzas habilita que *todo hable* en el “infinito cabrilleo del lenguaje” (2008: 58). La pregunta específica entonces que nos interesa es por los modos en los que se

² El desplazamiento que proponemos de “las palabras y las cosas” hacia los “signos y la materia” responde al gesto de estas nuevas orientaciones teóricas que, ya sea desde los nuevos materialismos (y sus recusación a comprender la materia y, por tanto, las cosas como sustancias extensas, uniformes, inertes, delimitables, cuantificables y mensurables), ya sea desde los abordajes en los que prima la relación entre “híbridos” (que impiden establecer distinciones claras entre personas y cosas) obligan a asumir, como sugiere Martín Holbraad (2022: 7) que “la cosa ‘como tal’ [...] ya no es lo que conocíamos habitualmente”. En este sentido, sostenemos que un desplazamiento hacia la pregunta por la relación entre los signos y la materia permite mapear mejor la actualización de la pregunta foucaultiana en la escena teórico-crítica contemporánea.

produce la *articulación* entre los signos y la materia en base a las semejanzas; y por cómo se produce el saber de las signaturas en el periodo que Foucault indaga y al que nombra como “prosa del mundo”. En este período se reconoce la copertenencia del lenguaje y el mundo, lo cual indica no sólo que la naturaleza es algo para leer y que el lenguaje es algo natural, sino sobre todo que esta modalidad tiene sus ecos en la literatura moderna en la medida en que es ella la que no ha abandonado su “consistencia de cosa” (Foucault, 2008: 61). Subrayamos la idea de “planicie” porque nos resulta por demás pregnante como figura para pensar el modo como vemos que emergen actualmente las semejanzas ante la bajada de la barrera del giro lingüístico, como si el abandono de ese giro aplanara el conflicto y lograra poner en el mismo plano ambos órdenes. Si para Foucault la pregunta que guía su indagación no es por el vínculo de las palabras *con* las cosas en sí sino por el modo en que se articula el saber entre ambos órdenes, lo que vemos retornar en la actualidad es esa suerte de experiencia renovada de la *planicie*: sin giro lingüístico, las cosas (la materia) hablan la *lengua del mundo*, y lo hacen disputando significaciones no necesariamente lingüísticas, desde diversas concepciones de signo y sobre todo actualizando la idea foucaultiana de que “sin imaginación no hay semejanza” (2008: 85). La existencia (de la materia) y su emergencia (en los signos) convocan a la imaginación teórica y crítica para que la lengua del mundo hable. Es quizá en ese sentido que Latour en la segunda conferencia de *Cara a cara con el planeta*, titulada “Cómo no (des)animar la naturaleza”, propone pensar el enmudecimiento que hemos producido del mundo material por el lenguaje humano, ya sea por la acentuación de la diferencia de ambos órdenes (mediante operaciones que *en* y *por* el lenguaje vacían la potencia de actuar de determinadas agencias), ya sea para “evitar responder a las preguntas ¿quién habla?, ¿quién actúa?, ¿quién hace hablar?, ¿quién hace actuar?” (2009: 81). La des-animación es el producto de estas operaciones que vuelve inerte y mudo al mundo. De ahí es que la “lengua del mundo” pueda ser reconsiderada a la inversa, esto es: que la lengua sea una propiedad del mundo y no un efecto de operaciones (humanas) sobre el mundo.

En suma, para Latour, la lengua del mundo organiza la sinonimia entre existencia y significación, ya que esta última puede ser formulada o traducida en tanto que haya potencia de actuar. La significación no es pues el resultado de imposiciones antropocéntricas en el lenguaje humano; es una propiedad que se vincula con la potencia de actuar.³

³ Nos interesa mencionar la importancia del diagnóstico que realiza Pablo Manolo Rodríguez en *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas* (2019), el cual sostiene que se ha producido un despegue del universo de los signos por lo que postula en términos de *desantropomorfización de la comunicación*. Liberados del hombre, los signos se asocian al silicio y ya no al carbono, siguiendo la

La sinonimia entre existencia, agencia y significación parece hacer emerger en sordina nuevamente el reclamo que supone haber descansado en una concepción excesivamente antropocentrada de los signos y la significación (y, por tanto, también del lenguaje). Del mismo modo, la centralidad que adquiere la potencia de actuar en ciertas zonas de la teoría y la crítica contemporánea parece constituir razón suficiente para la renovación de teorías semióticas de raigambre peircianas (y no así, saussurianas). Kohn, por caso, da cuenta de esta adhesión afirmando:

Esto es bastante diferente al tratamiento más humanista de los signos que propone Saussure (1945), con el que los antropólogos tendemos a estar más familiarizados. Para Saussure, el lenguaje humano es el parangón y modelo para todos los sistemas de signos (1945, p. 94). La definición del signo de Peirce, en cambio, es mucho más agnóstica al respecto de qué son los signos y de qué tipo de seres los usan; para él, no todos los signos tienen propiedades similares al lenguaje y, como lo planteo a continuación, no todos los seres que los usan son humanos. Esta definición más amplia del signo nos ayuda a entrar en sintonía con la vida que los signos tienen más allá de lo humano tal como lo conocemos (Kohn, 2021: 40).

Sin embargo, la actualidad de la pregunta por los signos parece habilitar también lecturas que revisitan la obra de ambos autores –de Saussure y de Peirce– haciendo primar aquello que no se pudo (o no se quiso) leer en escenas teóricas previas signadas por otras inquietudes. Sabemos que el pensamiento del signo (y la relación pensamiento-signo) motivó ambas aventuras intelectuales: “No tenemos ningún poder para pensar sin signos”, afirmaba Peirce; “no es el pensamiento el que crea el signo, sino el signo el que guía primordialmente el pensamiento”, insistía Saussure (en Fisette, 2014: 231). Pese a ello, ninguno de los dos produjo un tratado sistemático sobre estas entidades. Lo que encontramos en cambio en ambos casos son obras abiertas, inestables (aunque estabilizadas por lecturas disciplinarias y disciplinantes). Textos múltiples que se resisten a hacer sistema (y que no fueron publicados como tales), escritos de diversas características en los que la duda, las lagunas, las marcas gráficas que demoran las definiciones (en el caso de Saussure) o el exceso de material

hipótesis que Deleuze lee con Foucault. Este proceso de desligamiento de la teoría de la enunciación, y en consecuencia de la lógica sujeto/objeto, actualiza la pregunta por la antropomorfización de las cosas y su reverso, la cosificación de los sujetos. Quizá la clave de la diferencia de nuestras preguntas por las palabras y las cosas con las de Rodríguez radique en la acentuación de la *y* (y no en su cambio por *en*) como zona de exploración y apertura para la interrogación renovada por los signos. Quizá porque nuestro campo de indagación sea especialmente la literatura (y las herramientas y los protocolos de lectura y escritura) es que la insistencia por los signos y sus usos se vuelve una urgencia para pensar lo legible y lo escribible en la escena actual de la teoría y sus agendas en los estudios literarios.

y la dilación en la edición de los mismos (en el caso de Peirce) legan una obra abierta a interpretaciones renovadas. En esta línea podemos destacar el trabajo de J. Fisette que busca proponer un abordaje de conjunto de ambas producciones que evite las oposiciones simplificadoras (y las similitudes apresuradas) en un intento por dar cuenta de las condiciones de producción de un pensamiento de los signos en el que priman “menos las concepciones abstractas que el imaginario de la teoría, la sensibilidad a las cosas, los signos y las palabras” (2014: 231). Cabe destacar de esta lectura el modo como postula la propuesta semiológica que hiciera Roland Barthes a fines de los años ‘70 como un modo posible de superar la supuesta fractura entre ambos pensamientos sobre el signo. Apelando a las “fuerzas” de la literatura (*Mathésis*, *Mimésis* y *Sémiosis*), la semiología de Barthes –quien fuera para Fisette (2014: 251) el “saussuriano más auténtico”– abre la consideración de los signos hacia un más allá de la lingüística. Y lo hace, podríamos agregar nosotras, insistiendo en aquello que anunciaba ya en 1962, esto es: que el signo, todo signo es un constructo de la imaginación que presupone siempre un modo de “visión”, a partir del cual desarrollamos dispositivos de resonancias que permitan hacer oír ese temblor del sentido que de otro modo nos sería indiferente (cfr. Barthes, 2003: 285).

Interesa recuperar también los aportes de Patrice Maniglier quien, en un gesto que propone revisar las teorías a la luz de los desafíos del presente, busca discutir el llamado a abandonar el giro lingüístico propuesto por teóricos del realismo especulativo (como Badiou o Meillassoux). Ante el lema: “¡Ya basta de hablar de las maneras de hablar, hablemos de las cosas mismas!” (Maniglier, 2017: 7) que insiste en estas propuestas a las que denomina “neodogmáticas”, Maniglier retorna a las teorías del signo saussureanas para recusar la división entre ser y decir (que llevaría a buscar el ser por la vía del referente). Su propuesta busca subrayar la singularidad ontológica de los signos, así como también afirmar la equivalencia entre existir y decir, ser y hacer signos. Es desde esta línea entonces que el pensador francés vuelve a modular el problema de la prosa del mundo aunque apelando ya no a la semejanza entre los signos y la materia sino a la equivalencia entre ser y decir:

¿Debemos, entonces, revivir una idea muy antigua, esa que dice que el Ser habla, que existe una especie de prosa del mundo? Sin duda. Pero si el Ser habla, no es exactamente en el sentido de la prosa del mundo de la que hablaba Merleau-Ponty y que Foucault veía en acción en el corazón del Renacimiento europeo. No se trata de anclar los significados que pronunciamos en el mundo, de hacer emerger el Logos de la Existencia. No se trata de fundar nuestros significados, sino de hacer que el ser del

signo sea comparable a otras formas de ser y de establecer la ontología solo en esta comparabilidad (Maniglier, 2017: 24).

Ante el diagnóstico de la escena posttextual de la teoría, pero sobre todo subrayando el abandono del giro lingüístico como uno de los consensos, es que nos interesa continuar nuestra indagación hacia lo que indicamos como una de las condiciones fundamentales para que se produzca dicho consenso, a saber: el retorno de las semejanzas, basada en una experiencia renovada de la idea de *planicie* que Foucault marcaba para “la prosa del mundo”. Si lo que experimentamos actualmente en la teoría y la crítica es la bajada de la barrera del giro lingüístico, lo que se vuelve urgente pensar –para nosotras, insistimos, que trabajamos con literatura– es cómo se vinculan los signos con la materia, mediante qué operaciones y figuras, pero sobre y fundamentalmente, cómo las diversas concepciones de signo convocan a la imaginación teórica y crítica para hacer hablar la prosa/la lengua del mundo en su semejanza. Allí entonces nos interesará continuar la indagación en torno a la *conjunción disyuntiva* que marca la *y* como zona que abre la pregunta por la articulación entre los signos y la materia, ya sea que ella indique una relación posible entre heterogéneos semejantes, ya sea que trace una suerte de equivalencia o sinonimia entre existencia y significación.

Tácticas

Insistamos. Hay posiciones que adoptan el consenso del abandono del giro lingüístico, ya sea por un cansancio declarado ante la *sospecha* continua de las posiciones postestructuralistas; ya sea porque el impacto de otros giros (*ontológico, material*) conduce a relevo radical de las perspectivas teóricas anteriores. Sin embargo, hay apuestas teóricas que exponen el problema desde otras posiciones y así buscan *tácticas* (el término es revalorizado especialmente por Bennett) para orientarse en esta escena teórica. Veremos pues que lo hacen habilitando herramientas que, sin evitar la afirmación de sus ideas, se nutren de la duda y la incertidumbre como rasgos predominantes de sus posiciones enunciativas; como así también del recurso a la imaginación, a la ficción y a la especulación como características sobresalientes de sus apuestas epistemológicas y sus posiciones críticas.

En este sentido, hallamos diversas tácticas contemporáneas, entre las cuales aislamos las siguientes: la revisión de teorías caídas en desuso (principalmente, el vitalismo retomado por Jane Bennett y el retorno a la estética naturalista por Marion Zilio); y en la misma línea, reconocemos otra táctica en la revisita de teorías previas desde otras perspectivas y con insistencias que provienen desde puntos de vista descentrados de la

tradición (por caso, la lectura y reposicionamiento de Darwin que hacen Carla Hustak y Natasha Myers). Estas tácticas suelen aparecer en vínculo con otras: en el contexto de algunas apuestas teóricas, van acompañadas de un marcado recurso a la atención, a la ingenuidad, a la predisposición para la escucha y delicadeza en el con-tacto con lo observado (con insistencia, vemos este “pedido” de prestar atención y de estar a la escucha en Anna Tsing, como así también en Jane Bennett, Vinciane Despret y Eduardo Kohn).

En esta misma línea, podemos identificar que otra de las tácticas es el recurso al relato, a la narración como apuesta discursiva donde se despliegan las nociones teóricas en juego con recursos ficcionales, especulativos, narrativos (este recurso es evidente en Dona Haraway y su dispositivo de SF, como así también en Anna Tsing y la necesidad de contar una *avalancha* de historias)⁴. En este sentido, se vuelve visible otra insistencia en diversas teorías, que proponemos leer en esta línea como una de las tácticas actuales. Nos referimos a la necesidad de crear nuevos vocabularios (Jussi Parikka) y nuevas herramientas conceptuales (Eduardo Kohn) para el uso de perspectivas novedosas, en tanto se experimenta una inadecuación de la significación/simbolización discursiva con los materiales indagados; especialmente sobre conceptos cuya característica principal es su desplazamiento entre disciplinas (evidentemente, esta táctica es mayormente reconocida como “herencia” de la práctica filosófica de Gilles Deleuze y Félix Guattari, y específicamente podemos aquí nombrar a Jane Bennett y su continua apuesta por elaborar no sólo un vocabulario, sino también una sintaxis que responda a la vibrancia de las similitudes; como así también podemos mencionar a Jussi Parikka y su trabajo con metodologías artísticas y estéticas para postular lo que denomina *psicogeofísica*)

Sostenemos que este elenco de tácticas que podemos reconocer en las teorías mencionadas están respondiendo menos a un mero abandono

⁴ Nos resulta interesante dejar aquí consignada una de las definiciones que da Tsing en el capítulo 12 de *Los bongos del fin del mundo* (2023) de la noción de historia y de relato con las que trabaja: “Por “historia” entendemos tanto una práctica humana de narración de relatos como el conjunto de restos del pasado que convertimos en dichos relatos. Convencionalmente los investigadores sólo consideran los restos de carácter humano, como archivos y diarios, pero no hay razón alguna para no ampliar nuestra atención a las huellas y rastros que dejan tras de sí los no humanos, dado que estos también contribuyen a hablar de interrelaciones transespecíficas en un marco de contingencia y coyuntura, esto es, los componentes del tiempo “histórico”. Para participar de dicha interrelación, no es necesario hacer historia de una única manera. Independientemente de que otros organismos sean capaces o no de “narrar relatos”, el hecho es que contribuyen a esa superposición de huellas y rastros que entendemos por historia. Desde esta perspectiva, pues, la historia es el registro de múltiples trayectorias de creación de mundos, humanas y no humanas” (Cf. Tsing, 2023). De este modo, tanto lo archivable como lo narrable cambian de estatuto, y la historia es una avalancha de restos que narran en un tiempo de escalas perturbadas.

del giro lingüístico en pos de la atención o adhesión al llamado giro material, sino que más bien entendemos estos movimientos teóricos, epistemológicos y críticos en el marco ampliado de una apuesta por trabajar en otro marco heurístico de pensamiento, en un tipo de racionalidad que con Joanna Zylinska (2022: 18) podemos nombrar como “racionalidad post-masculinista”. Zylinska habla de un modo de trabajo que prioriza las intervenciones menores, aquellas que se dan en un modo más especulativo que direccional, más imaginativo que racional (de ese tipo de razón que desecha la ficción como secundaria, que no otorga ningún tipo de valor a todo lo que sea enunciado desde una matriz discursiva cercana a las estéticas y las poéticas). Sin caer en las dicotomías de lo femenino y lo masculino, Zylinska sostiene que este tipo de racionalidad post-masculinista, antes que nada, no deja de ser una racionalidad sino que es *otra* respecto al “coraje masculinista” y su erradicación de toda sensibilidad estética. Para afrontar la incertidumbre de nuestro presente, ante aquello que muchas veces se experimenta como impotencia y falta de control en la crisis actual (para Zylinska esta crisis lleva el nombre de “Antropoceno”), la discusión no debería trabarse entre lo racionalista o lo antirracionalista de las apuestas teóricas, sino más bien correr el eje hacia un tipo de pensamiento que sea capaz de albergar las sospechas ante cualquier intento por retomar los discursos fuertes de las ontologías y sus modos predominantes de pensar; como así también sea capaz de albergar las paradojas éticas a las que nos enfrentamos como singularidad humana (que Zylinska propone pensar más en términos de singularidad que de excepcionalidad). Es combinando *narrativa* con *crítica* (2022: 24) como podemos promover, dice Zylinska, modos de pensamiento no instrumentales y así evitar caer en aparentes soluciones formulaicas. Una racionalidad post-masculinista asume la incertidumbre ante las crisis actuales y está dispuesta a responder colectivamente al llamado de la materia y sus relaciones en el escenario contemporáneo.

En este marco, Zylinska propone una *ética mínima* ante el diagnóstico actual del distanciamiento de la teoría y la crítica respecto del giro lingüístico y del constructivismo en su versión postestructuralista; una ética que, en consonancia con otros autorxs, podríamos decir que sabe que su táctica principal es la adopción de lo *mínimo* de su lengua (en contraposición a cualquier tipo de gesto de *arrogancia* en el discurso y el *narcisismo de especie*, como sostienen a su turno Bennett, Kohn y Zylinska); como así también la apuesta por *malinterpretar* (Bennett, evitando todo rasgo peyorativo, propone un tipo de interpretación de las similitudes que pueda errar, que sea capaz de delirar, en el sentido barthesiano de *salirse de curso*) y por la *mala fe* (tal como aparece en Vinciane Despret (2022: 44),

esa que “pretende que lo que insistía en la diferencia no insistía lo suficiente”).

Una racionalidad post-masculinista se sostiene en una *ética mínima*, ahí donde aún se articulan las preguntas que urgen hacer para las humanidades en crisis y, en este marco, muy especialmente para los estudios literarios. Esta insistencia en el trabajo crítico con la literatura, en términos generales, responde a la necesidad de evidenciar algunas prácticas críticas que, aun adoptando algunas de estas líneas teóricas *en agenda*, lo hacen sosteniendo una racionalidad masculinista, que puede observarse en cierta primacía del “contenido” (lo que solemos llamar en nuestras prácticas como “lecturas contenidistas”) o en un ejercicio de tipo aplicacionista de las categorías teóricas. Un trabajo crítico que condense sus estrategias de lectura en la mera constatación de *ensamblajes, vibrancias, pensamientos vivientes, perturbaciones*, entre otras categorías que vemos proliferar en la actualidad, evidencia no sólo una determinada pobreza crítica (en tanto “traduce” de manera casi automática las categorías de análisis a lo que dicta la agenda de investigación) sino sobre todo una marcada arrogancia (en la “aplicación” de categorías, trabajo que evidencia al menos la racionalidad jerárquica que opera al interior, que considera un objeto de estudio como pasible –pasivamente– de ser analizado –aplanado, también podríamos decir– desde la aplicación de una categoría).

Tácticas, no estrategias. Asumir la debilidad de las premisas, la necesidad de los deslizamientos, la atención a las emergencias, implica asumir una racionalidad post-masculinista que no deponga la necesidad de afirmar algunas premisas ante el escenario de las crisis actuales sino que más bien esté dispuesta a reformular sus preguntas y sus respuestas, cada vez, sabiéndose no en la posesión de los instrumentos de análisis sino siempre en su búsqueda, con la necesidad de “toda la ayuda posible” (Bennett, 2021: 13) para lograr “historias menos deterministas” (Despret, 2022: 134).

Figuras

Así, desde las palabras y las cosas hacia los signos y la materia (en la reformulación siempre rípida de esa (no)relación, y en el impacto que la misma conlleva para lo legible y lo escribible en el marco de la escena teórica y crítica contemporánea) parece que asistimos a un nuevo deseo de semejanza, ahí donde se nos pide que “descanemos en las similitudes” (Bennett), que escuchemos las “semejanzas” (Kohn), que atendamos “a las relaciones inesperadas” (Tsing) porque “no se trata de prohibirse las comparaciones y las analogías, de abstenerse de buscar las coincidencias o las convergencias e intereses, se trata de intentar hacerlo con atención, de

cuidar las relaciones que se crearon” (Despret, 2022: 44). Vislumbramos este *retorno* de la semejanza no tanto como insistencia velada bajo la fórmula del *secreto a voces* (en resonancia con la *retirada de la metáfora* derridiana) sino más bien como el retorno de una afirmación de la *prosa del mundo* foucaultiana y sus reversiones, propiciada fundamentalmente, como ya lo hemos mencionado, por el consenso del abandono del giro lingüístico y los gestos teóricos que apuestan por cierto gesto de confianza en desmedro de la sospecha de corte deconstruccionista y/o postestructuralista. El lenguaje es cuestionado como aquel *medio* donde debían resolverse los problemas de la teoría; y así se convoca mayormente a la imaginación como *lugar* privilegiado para el trabajo de la teoría y la crítica. Será la imaginación, en términos –sintomáticamente– generales, el lugar y el medio donde desantropomorfizar las teorías (y sus vocabularios), reafirmando las semejanzas, las similitudes, la participación, la continuidad entre lo humano y lo no humano.

En el marco de esta sospecha del retorno (¿de lo reprimido?) de la semejanza, y luego de haber identificado las tácticas propuestas por las principales teorías contemporáneas (cuyo amplio impacto en estudios literarios actuales es innegable), nos preguntamos: ¿qué nuevas figuras de la semejanza emergen en la escena contemporánea? Podemos seguir el gesto foucaultiano y preguntar por cuáles son los modos de saber y de hacer teoría, particularmente en el contexto actual donde vemos que la tarea se cifra en la necesidad de reimaginar formas de responder a la evidencia de lo material.

De esta manera, postulamos la posibilidad de configurar cuatro figuras para pensar el retorno de la semejanza en la contemporaneidad; figuras tramadas en dos arcos de tensión que organizan un mínimo y un máximo de sus posibilidades heurísticas. En el primer arco, proponemos pensar el *antropomorfismo* y la *participación* como dos figuras que insisten en comparecer en propuestas teóricas actuales y que organizan un mínimo y un máximo en la relación entre lo humano y lo no humano, entre la significación y la materialidad, entre la vibrancia material y la vida como proceso ampliado.

En el otro arco de figuras, ubicamos la *literalidad* y la *patografía* como dos extremos teóricos, críticos y discursivos de intervención y experimentación con los signos en la *prosa del mundo*. A contraposición de las figuras del primer arco, estas no aparecen así nombradas en las teorías que convocamos sino que más bien responden a lo que identificamos como deseos, como apuestas de “hacer hablar a todo” (Foucault, 2008: 58), aunque adoptando dos posiciones ante el lenguaje bien diferenciadas, acaso equidistantes una de la otra. Así es como identificamos una suerte

de mínimo o grado cero del lenguaje en el deseo de literalidad que funciona en la base de diversas teorías, que de ese modo –intentando llevar al lenguaje a su supuesto grado cero de no figuración– buscan reducir la significación humana a un mínimo de simbolización. Y, por otra parte, localizamos el máximo o la ampliación total del campo de acción de lenguaje (en términos generales) en lo que podemos denominar como patografía, vale decir, esa afirmación de los signos (y su escritura) ampliada a la materia en sus múltiples manifestaciones.

Dentro del primer arco, para contrarrestar lo que se reconoce como *narcisismo* del lenguaje humano y así intentar *dar voz* a la materia que emerge en su vitalidad y agencia, insiste la figura del antropomorfismo como posibilidad de experimentar una forma de pensar y decir que intenta apaciguar o atenuar el vínculo fuerte con el lenguaje y su significación exclusivamente humana. Este “morfismo”, antes que un “pecado” (como dice Latour, cf. 2009), es una forma de explorar potencias desconocidas. Ahora bien, en tanto los medios lingüísticos se reconocen como inadecuados para la tarea, una sintaxis y una gramática *otra* se vuelve urgente y será lo que Bennett enunciará propositivamente con una suerte de fórmula: *una pizca de antropomorfismo*. Así, cultivar esa pizca, desde una ética mínima que sepa calcular la cantidad, será una de las vías para participar de la vibrancia material y lograr *dar voz* a lo que ha sido acallado por imposiciones de significados antropocentrados. Bennett es quien apostará por este uso de la figura, descansando en las similitudes, haciendo de los isomorfismos un terreno a explorar con el recurso del antropomorfismo, que de este modo evidencia menos una imposición de forma humana a lo no humano que la posibilidad misma de contrarrestar el antropocentrismo al marcar la participación de un orden en el otro y viceversa. Esta apuesta por antropomorfizar para lograr contrarrestar el antropocentrismo es una idea que encontramos ya en Roger Caillois (cf. 1970), sobre todo en aquel estudio sobre la *imagen conjetural* donde observa las alas de la mariposa y propone pensar una tendencia transversal que va desde los diseños de las alas de esos insectos hasta los trazos y las formas de un cuadro: así, en una suerte de *antropomorfismo profundo* –que marca no una separación sino una tendencia compartida– esta propuesta busca antes que nada revertir la idea expandida de que en la naturaleza no hay error, ya que esa es la idea que se reconoce como mayor proyección humana desde un antropomorfismo restringido. El antropomorfismo general (por decirlo con esa fórmula opositiva de economía restringida y economía general que Jacques Derrida propuso para leer a Georges Bataille) no implica *proyección* sino una suerte de *participación*, en tanto observa que en la naturaleza *también* hay *gasto*, *despilfarro*, *error*. Quizá en sintonía con este

tipo de concepción y uso del antropomorfismo estén algunas concepciones de Despret en su estudio sobre los pájaros, allí donde reconoce la preocupación que algunas posturas teóricas tienen de evitar cualquier proyección antropocéntrica a sus objetos de estudio. Despret descarta esta inquietud por “simple” en la medida en que entiende que son sus tácticas de escucha y tacto lo que garantiza que todo vocabulario, noción, figura no está siendo impuesta sino *señalada por los propios pájaros*. En tanto nuestras “redes conceptuales” evoquen a la naturaleza como “muda”, Despret sostiene que “persistirá esa idea idiota” (2022: 44). Así, el antropomorfismo se muestra como una figura compleja en su reflexión y su uso, que no se agota en la mera idea de proyección sino que habilita otras posibilidades, incluso su propia contradicción. Bennett es quien llama la atención sobre la *contradicción performativa* en la que se incurre con el antropomorfismo. En la medida en que es ese tipo de contradicción que se produce cuando el contenido proposicional de una declaración contradice los presupuestos de afirmarla, ligada al problema del antropomorfismo, se expande y se vuelve pregunta urgente: “¿No es un humano autoconciente y dotado de lenguaje el que articula esta filosofía de la materia vibrante?” (Bennet, 2022: 254). Indicar la contradicción es menos inhabilitar el uso de la figura que marcar sus alcances, que identificar sus peligros, que balizar la zona siempre tensa de las “redes conceptuales” antropocentradas. La figura del antropomorfismo, junto con su contradicción performativa inherente, no puede sino usarse desde la ética de la *pizca*, esa que sería suficiente para atender, advertir y ponderar los isomorfismos, las resonancias, las semejanzas que existen entre lo humano y lo no humano; y que, desde estas perspectivas teóricas de la *vibrancia material* (Bennett) y las *cosmopolíticas expresivas* (Despret), son posibles de reflexionar gracias al uso de esta figura.

Insistiendo en la necesidad de contrarrestar lo que se presupone como una clausura del sistema de los signos lingüísticos sobre sí, la figura de la participación, parece llevar a un *máximo* esa apuesta mínima por una *pizca* de continuidad, partiendo del presupuesto de que no habría una separación radical entre los signos lingüísticos y materiales, sino una semiótica amplia y compartida entre humanos y no-humanos. En esta línea, intervenciones teóricas recientes como la de Eduardo Kohn —que, como ya mencionamos, revisita la teoría del lenguaje y de los signos propuesta por Pierce—, o la de Anne Sauvagnargues —que se detiene en la filosofía del signo esbozada por Deleuze— insisten en imaginar, contra los abordajes “aislacionistas” del lenguaje, una *ecología* de los signos que recuse “la separación artificial que escinde los signos lingüísticos de los otros regímenes de signos” (Sauvagnargues, 2015: 196). En el caso de

Sauvagnargues, dicha apuesta la lleva a desplazar los abordajes formales o funcionales de los signos hacia una imaginación etológica en donde los diversos regímenes de signos valen ya no por lo que simbolizan sino por el modo singular como se comportan en un medio o territorio específico. Asumiendo que “la lingüística jamás puede ser separada de una pragmática que requiere la consideración de factores no lingüísticos” y que los elementos del lenguaje dependen de arreglos en los que se combinan segmentos de códigos dispares (Sauvagnargues, 2015: 196), la pregunta por la relación del lenguaje humano con lo no-humano será repensada en términos de una lógica que es simbiótica antes que semántica, que no responde a la reproducción como imitación sino a la del devenir. Dicho devenir, a su vez, produce un desplazamiento crítico que va del trabajo interpretativo hacia un modelo que busca experimentar los signos por sus efectos y en su transversalidad, según una perspectiva no jerárquica sino pensada desde una lógica vegetal rizomática.

También Eduardo Kohn parte de imaginar una suerte de pansemiótica ecológica que pondera la participación en tanto supone un rasgo central de continuidad entre humanos y no-humanos: todo lo vivo piensa, representa, interpreta y hace, usa y es constituido por signos. Lo dicho, sin embargo, no implicaría un desdibujamiento total de las diferencias en tanto se asume que no todos los signos son símbolos ni las representaciones son sinónimo del lenguaje, pero tampoco implicaría una separación radical. De hecho, su llamado a “provincializar el lenguaje” y a “desfamiliarizar el signo arbitrario” lo lleva a imaginar una lógica de la participación que se desmarca de la oposición que obligaría a optar entre las figuraciones de la mezcla o las de la diferencia radical. Para ello, por el contrario, parte de un abordaje que asume que el lenguaje participa de un todo semiótico abierto en el que las diversas modalidades de signos (icónicas, indexicales, simbólicas) se encuentran anidadas y responden a una lógica emergente que es jerárquica (no en términos morales sino formales) y se mueve en una sola dirección. Sin renunciar a la interpretación (palabra que por lo demás, insiste numerosamente en su libro), su lectura parece optar por una suerte de hermenéutica de la confusión que parte del presupuesto ya no de la diferencia irreductible sino de la similitud, de la productividad de una indistinción restringida para pensar los signos no lingüísticos y nuestro modo de entrar en sintonía con ellos. “Adivinar” cómo piensa lo viviente y probar la validez de nuestras suposiciones en los efectos que estos producen en una ecología semiótica más amplia, supone para Kohn ponderar ya no el valor paradigmático de la diferencia sino imaginar los signos en su semejanza e indistinción.

En el segundo de los arcos que proponemos, emerge la literalidad; y la vemos comparecer especialmente bajo la forma del adverbio de modo “literalmente”, respondiendo a un deseo de poner en práctica una manera de decir que quisiera ubicarse *al ras* de las significaciones. Más allá y más acá de lo “metafórico” como su supuesto polo contrario, el adverbio “literalmente” parece responder a la concepción de un lenguaje que no es abandonado como *medio* donde tratar los problemas que urgen pensar sino que es considerado en su cercanía “a la letra” (etimológicamente: literal). Como si fuera un estrato más plano y con menos distancia de la evidencia de lo material, la literalidad se muestra como un modo privilegiado de evitar posiciones enunciativas antropocentradas (simbólicas y figurativas). Pensemos en el caso paradigmático de la segunda conferencia de *Cara a cara con el planeta* de Latour (2019: 91), donde se llega a afirmar que: “Lo que hasta el presente era una metáfora –que hasta las piedras gritan de dolor frente a las miserias que los humanos les han infligido– se ha vuelto literal”. Observemos que el par opositivo metafórico/literal condensa una enorme cantidad de problemas y preguntas que podemos rastrear, por caso, en el arco que va de la catacresis a la predicación innovadora; es decir, en el camino que va de Nietzsche a Derrida pasando por Ricoeur. No obstante, lo que resulta crucial para nosotras es la posibilidad de despejar la figura de la literalidad como grado cero de la significación, en ese movimiento de marcar un enunciado con el adverbio de modo “literalmente” para intentar así garantizar una suerte de verdad plana. Antes bien, lo que nos interesa es evidenciar la literalidad como un protocolo de experimentación, así como Zourabichvili (cf. 2023) la piensa con y desde Deleuze: no como un sentido supuestamente previo a otro figurado (o sea, no como una duplicación del sentido) sino como una experiencia o protocolo de lectura. En ese sentido, la literalidad como deseo o aspiración evidencia su pretensión de evitar el narcisismo lingüístico al mismo tiempo que expone un método específico de lectura de/ante la materia de los signos. Según Zourabichvili, Deleuze insistía en la literalidad como marca de un discurso que se quiere no metafórico. La insistente llamada –casi una “manía de lenguaje”, dice Zourabichvili– al pie de la letra que encontramos en el uso deleuziano de determinadas figuras evidencia que la literalidad no es un mero dispositivo de enunciación sino un complejo modo de experimentar con el lenguaje y sus signos. Es el pensamiento el que busca no producirse por contaminación metafórica sino en la pragmática de un sentido que acontece al ras de sus múltiples y posibles significaciones. La reconfiguración literal de los signos se opone a la contaminación figurativa en Deleuze, según Zourabichvili; y esto nos permite ver que las cosas no están cerradas a un sólo sentido sino

abiertas a la experimentación del “infinito de los predicados por los que pasan”. Así es como “las palabras hacen brillar las cosas” (Zourabichvili, 2023: 55); lo hacen cuando indican la línea que las ubica al ras de todas las cosas, creando un uso inédito lineal/literal. La literalidad se vuelve un protocolo de experimentación *pragmático*: el uso de los signos, en la línea al ras de la letra, nos conduce a tratar las palabras menos por lo que significan potencialmente que por lo que afectan intensivamente.

Podemos observar que nos estamos moviendo en una zona donde se dirimen enunciados constatativos y performativos, en esa diferencia entre ambos que se abre y que puede llegar a ser extremadamente mínima, según Latour. Y al mismo tiempo, esa diferencia es la que nos puede conducir a una mezcla de lenguaje y de cosas que –según la crítica de Kohn– no sólo que no resuelve la distancia sino que a su vez perpetúa el dualismo de los órdenes (acentuando la “y” menos como zona de experimentación que como abismo insalvable) creyendo que hablamos de piedras al “balbucear como si se tuvieran piedras en la boca” (Kohn, 2021: 57). La estructura que sostiene la dualidad y la mezcla será la del “como si”, estructura que desde una teoría de la metáfora como la de Ricoeur (cf. 2001), por caso, supone una innovación semántica antes que una predicación desviada. Si desarmamos el par opositivo y pensamos la metáfora en filosofía como esa suerte de *mitología blanca* derridiana, podremos a su vez decir que la literalidad (liberada de su tensión opositiva pero con toda la fuerza quiasmática que supone *ir a las cosas yendo a la letra*) se evidencia como un protocolo de experimentación con el lenguaje llevado a su grado cero de predicación a través de un recurso singular: la tautología.⁵ Todo enunciado tautológico se sostiene en un tipo singular de proposición (A=A) que marca efectivamente un límite del lenguaje, aunque ese límite no indique ni pobreza (discursiva) ni apostasía (mística). Podría pensarse la tautología como el grado cero de la predicación, siguiendo a Clement Rosset (1997: 33) cuando afirma que “la tautología pretende llamar la atención sobre el hecho de que una cosa cualquiera es la cosa que es”. A partir de la tautología, las posibilidades de la enunciación existen al infinito porque aquí el extrañamiento del enunciado

⁵ Quisiéramos situar esta idea en una sugerencia que emerge especialmente del trabajo de Tsing (2021), cuando en su investigación sobre los hongos hace resonar una suerte de latiguillo sobre una experiencia límite del lenguaje. Cuando ella en su trabajo de campo pregunta cuál es el suelo apto para el hongo en cuestión, el matsutake, recibe como respuesta una auténtica tautología: *el suelo del matsutake es el suelo del matsutake*. ¿Cómo entender este tipo de enunciación que no predica sino su propio objeto? ¿Cómo abrir el pensamiento en esta zona recursiva donde A es A? Tsing encontrará en esa respuesta -valga toda la redundancia tautológica- una *respuesta*: la tautología es literal, esto es, la lógica predicativa se sostiene en la fórmula del grado cero del discurso que así (y quizá solo así) logra evitar la significación metafórica, figurativa.

(tautológico, recursivo) se parece menos a la negación que a la emergencia de la predicación. “Decir de una cosa que es idéntica consigo misma no es decir nada”, afirmaba Clement Rosset (1997: 13). El habla tautológica es infinita en este sentido, ya que siempre puede decirse de una cosa (cualquiera sea esa cosa) que es ella misma; pero esta potencia no la ubica en otro lado que no sea *al ras* de los signos, ahí donde se emparenta con la *deixis* y experimenta con la planicie literal de las significaciones.

En el otro polo del segundo arco de figuras que proponemos ubicamos la patografía, término con el cual quisiéramos dar cuenta de lo que vemos emerger como un deseo de ampliar las nociones de lo escribible y de lo legible hacia un más allá de lo humano y su lenguaje. Acuñamos esta figura siguiendo el gesto de Libertella (1991: 95-98) quien la postula como una “forma de leer” los efectos parciales y las “infinitas posibilidades de anécdotas” que surgen de esos “yacimientos increíbles para la ficción” que son los “fragmentos, trozos, sonidos, trinos”. “En el territorio salvaje del patógrafo que camina hacia la enfermedad o morbo de la letra” se anuncia, a la vez, el singular placer de la escritura y quizás también la posibilidad de repensar los marcos del conocimiento y, con ello, otras vías de aproximación de la ciencia y la literatura: en la “perdición vana en una sola letra” despunta “el indicio último de un saber que se va pero volvió. ¿No es acaso el que muestra los caminos de acceso al microscopio?”.

En este arco de tensiones, entonces, esta figura, la de la *patografía*, pareciera convocar también un modo de medir esa cercanía a la letra evocando, sin embargo, otros estratos de su constelación etimológica: esa que acerca la letra al grafo y por este medio, la escritura al dibujo, al trazo, a la huella, a su inscripción material. Es por la vía de la plasticidad y de la visualidad, primero, y por la de lo inaudible e invisible, luego, que identificamos lo que podríamos pensar como una ampliación estética (y posdisciplinar) de la lingüística en la teoría contemporánea; expansión que busca desbordar la imaginación de la letra y, con ella, ficcionar una apertura de lo legible y lo escribible que acoja a una multiplicidad de signos materiales.

Se trata de una apuesta que podríamos pensar responde a la táctica del relato que vuelve inescindible la práctica teórica y crítica de los recursos a la ficción y a la especulación. Quizás por ello, en este impulso patográfico, retorna como desafío para repensar los alcances epistemológicos de la lectura, la traducción y la interpretación, el relato de Ursula K. Le Guin “La autora de las semillas de acacia y otros extractos de la revista de la asociación de terolingüística” (1987). Su provocativa fabulación de un porvenir posthumano de la lingüística (hacia una tero,

fito, geolingüística que estudiaría las producciones escritas de animales y plantas salvajes, y el lenguaje de lo no vivo), es recuperada por Haraway para seguir pensando maneras “de mantener la continuidad de las historias” simpoiéticas (2019: 193). También Despret continuará este gesto en *Autobiografía de un pulpo y otros relatos de anticipación* (2022: 40) ficcionando modos de responder a esos “impulsos de significado” no xhumanos y apelando, para ello, a una investigación científica que proceda artísticamente, “como artistas que se dirigen también a artistas”.

Por esta vía retorna, a su vez, el gesto de Roger Caillois (2011) quien exploraba “la escritura de las piedras”. Es Jussi Parikka (2021: 253-254) quien recupera su propuesta para proponer no “una estetización de la naturaleza” sino un marco de legibilidad estético que intente explorar los vínculos y continuidades entre los humanos y su medioambiente, a distancia “de las largas tradiciones que hablan de la naturaleza animista y de un mundo de significado contenido en sus entrañas aparentemente mudas”. Cabe recordar la importancia que Caillois otorgó a la semejanza, al “demonio de la analogía” y a la “tentación de homologar”. Son dichos “impulsos constitutivos del espíritu humano”, sugería, los que permiten tomar los signos de las piedras o “las apariencias de signos” como “estupefacientes”, suerte de “fermentos para la imaginación” interpretante que ensaya su lectura (1970: 119-120). Y es también él quien repone e insiste, aunque no sin dudarlo, que este modo de pensar por semejanzas para el cual el arte habría entrenado el ojo, está también a la base de la ciencia que –aunque luego sustituya las relaciones de similitud por otras menos evidentes y abstractas– es tributaria del principio de la imaginación y, en este sentido, de una producción estética del conocimiento. Así, aunque las ensoñaciones que persiguen –por caso quienes se demoraron en las imágenes y los signos de las piedras– estén siempre un poco al borde de la locura, un poco ebrias, sin disciplina ni control, Caillois no deja de ver allí “una forma humilde y salvaje de una aptitud destinada a las más altas tareas” (1970: 120).

La patografía da cuenta así de una suerte de protocolo de experimentación estética que busca disputar los marcos de comprensión del conocimiento de lo humano y lo no humano, en general, y de la escritura y la lectura en particular. Es al interior de este gesto en donde podemos situar, también, la apuesta reciente del proyecto colectivx “La Intermundial Holobiente” y su producción de *El libro de las diez mil cosas* (2021-2022) para la exposición documenta fifteen. Libro que se imagina escrito por entidades no humanas, a cuyos textos invisibles corresponden paratextualmente escritores y artistas bajo la apuesta de que “crear un coro de interpretaciones, traducciones y comentarios verbales y visuales de ese

texto invisible podía ser una manera de intentar leerlo” (2021: 21). Apelando a la invención, la ficción y la traducción, este dispositivo experimental, al tiempo que abre la pregunta por “¿Qué dicen esos textos invisibles que habitan el blanco de la página? ¿Qué lógicas los regulan? ¿Qué retóricas y qué gramáticas pueden estar en su origen?” (2021: 21), busca responder al desafío no antropocéntrico de buscar modos “de salir del lenguaje desde adentro del lenguaje” (2021: 22) desespecificando las nociones de escritura y lectura.

En un intento por mapear las tácticas mediante las cuales ciertas zonas de la teoría buscan contrarrestar la mudez impuesta a la materia por el narcisismo del lenguaje humano, hemos propuesto el armado de dos arcos de tensión conformados por cuatro figuras; así, *antropomorfismo* y *participación*, por un lado, y *literalidad* y *patografía*, por el otro, nos permitieron pensar en un mínimo y un máximo de sus posibilidades heurísticas para reflexionar sobre la relación entre lo humano y lo no humano, los signos y la materia.

Consideraciones finales

La tarea de diagramar esta incipiente hoja de ruta, una posible entre tantas, responde a la necesidad de repensar la noción de signo y de su relación con la materia, ante el desafío que supone abandonar el giro lingüístico para la crítica y los estudios literarios. Ante la imposibilidad de deponer los cuestionamientos del lenguaje para quienes trabajamos con textos en la continua problematización de lo escribible y lo legible, se impone para nosotras la necesidad de pensar tácticas de orientación en la escena actual de las teorías que emergen de las humanidades en crisis y, en consecuencia, proponer figuras que se posicionan frente al narcisismo del lenguaje humano. Sostenemos que esta propuesta tiene impactos directos no solo en el modo de concebir la escritura literaria sino también en el modo como procede la crítica y su reformulación la pregunta por las verdades y los sentidos. Repensando el estatuto del signo y de su imaginación crítica sería posible disputar no sólo el lugar de la literatura en relación con otras disciplinas sino también el lugar del signo en relación con la lingüística, la hermenéutica, la semiótica, entre otras. No se trataría ni de disputar la literatura en esta escena (que parece más viva que nunca y no necesita ni elogios ni apostasías) ni de plegarnos sin más al avance de otras disciplinas (por caso, la antropología) sino de repensar nuestras propias herramientas críticas. Es en ese sentido que vislumbramos esa suerte de retorno de las semejanzas donde el signo parece operar en una red de similitudes, isomorfismos, lógicas emergentes. Este retorno reclama imaginación para la tarea de revisar la conceptualización del signo adoptando tácticas que

permitan hacer primar su parte de ficción y su apuesta por la incertidumbre para así evitar el disciplinamiento de las preguntas, ya sea por mera negación de las urgencias por pensar, ya sea por la simple adopción de agendas actuales de investigación.

Bibliografía

- BARTHES, ROLAND. “La imaginación del signo” en *Ensayos Críticos*. Buenos Aires: Seix Barral, 2003.
- BENNETT, JANE. *Materia Vibrante*. Buenos Aires: Caja Negra, 2020.
- BISET, EMMANUEL Y NARANJO, ISABEL. “Presentación del Dossier Arqueologías Políticas del Futuro: De la Aceleración al Antropoceno”, *MEDIAÇÕES*, Londrina, vol. 27, num. 1, 2022.
- BISET, EMMANUEL. “Escena postextual de la teoría”. *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos*. núm. 12, 2022.
- CAILLOIS, ROGER. *Imágenes, imágenes. Sobre los poderes de la imaginación*. Buenos Aires: Edhasa, 1970.
-. *Piedras*. Madrid: Siruela, 2011.
- Colebrook, Claire. “Posthuman Humanities”, *Death of the PostHuman*. London: Open Humanities Press, 2014.
- CORTES ROCCA, P. Y HORNE, L. “La imaginación material. Restos, naturaleza y vida en la estética latinoamericana contemporánea”. *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, núm. 10, 2021.
- DESPRET, VINCIANE. *Habitar como un pájaro. Modos de hacer y de pensar territorios*. Buenos Aires: Cactus, 2022.
-. *Autobiografía de un pulpo y otros relatos de anticipación*. Bilbao: Consonni, 2022
- FISETTE, JEAN. “Peirce et Saussure: regards croisés et lectures en boucles” *Recherches sémiotiques / Semiotic Inquiry*, vol. 34. num 1-2-3, 2014.
- FOUCAULT, MICHEL. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- HOLBRAAD, MARTÍN. “¿Puede hablar la cosa?” *Arqueologías del porvenir*, 2022.
- HUSTAK, CARLA Y MYERS, NATASHA. *Ímpetu involutivo. Afecto y conversaciones entre plantas, insectos y científicos*. Buenos Aires: Cactus, 2023.
- KOHN, EDUARDO. *Cómo piensan los bosques*. Buenos Aires: Hekht, 2021.
- K. LE GUIN, URSULA. *La rosa de los vientos*. Barcelona: Edhasa, 1987.
- LATOUR, BRUNO. *Cara a cara con el planeta: Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2019.
- LIBERTELLA, HÉCTOR. *Los juegos desviados de la literatura*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1991.
- MANIGLIER, PATRICE. “L’ambassade des signes. Essai de métaphysique diplomatique” *Actes Sémiotiques*. num. 120, 2017. [Las traducciones nos pertenecen].

- MILONE, G.; MACCIONI, F. & SANTUCCI, S. (comp). *Imaginar, hacer. Ficciones y fricciones teórico-críticas de la literatura y las artes contemporáneas*. Córdoba: Colecciones del CIFYH, FFyH, UNC. 2021.
- PARIKKA, JUSSI. *Una geología de los medios*. Buenos Aires: Caja negra, 2021.
- RICOEUR, PAUL. *La metáfora viva*. Madrid: Trotta, 2001.
- RODRÍGUEZ, PABLO MANOLO. *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*. Buenos Aires: Cactus, 2019.
- RODRÍGUEZ FREIRE, RAÚL. *Ficciones de la ley*. Santiago de Chile: Mímesis, 2022.
- ROSSET, CLÉMENT. *Le démon de la tautologie*. Paris: Édition de Minuit, 1997.
- SAUVAGNARGUES, ANNA. *Una ecología de los signos*. Santiago de Chile: Pólvora editora, 2022.
-. *Deleuze et l'art*. Paris: Presses Universitaires de France, 2015 [Las traducciones nos pertenecen]
- STENGERS, ISABELLE. *En tiempos de catástrofes: Cómo resistir a la barbarie que viene*. España-América Latina: Ned Ediciones, 2017.
- SOTO CALDERÓN, ANDREA. *Imaginación material*. Santiago: Metales Pesados, 2022.
- TSING, ANNA. *Los bongos del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Buenos Aires: Caja Negra, 2023.
- ZILIO, MARION. *El libro de las larvas. Cómo no convertirnos en nuestras presas*. Buenos Aires: Cactus, 2023.
- VV. AA. “Prólogo” en *El libro de las diez mil cosas*, Kassel: Documenta fifteen, 2022. Disponible en <https://holobiente.org/el-libro-de-las-diez-mil-cosas/>
- ZOURABICHVILI, FRANCOIS. *La literalidad y otros ensayos sobre arte*. Buenos Aires: Cactus, 2023.
- ZYLINSKA, JOANNA. *Ética mínima para el Antropoceno*. Santiago de Chile: Mímesis, 2022